



Código documento: 040cas
Nombre documento: Relatos: El espíritu de Grañón
Idioma: Castellano
Fecha creación: 30 de marzo de 2009
Autor: Gregorio de Zaragoza

El espíritu de Grañón

Todos hablan de él, pero nadie sabe concretar de donde proviene esa sensación de "estar en familia", que destilan sus plazas y calles, sus patios y portales.

Y es que no es fácil describir la hospitalidad sin ubicarla en una persona.

Grañón tiene tradición y espíritu hospitalario, ¿acaso es ese el espíritu de Grañón?, muchas muestras hemos tenido de esa hospitalidad, su iglesia siempre abierta, el hospital de peregrinos, sus fiestas participadas, sus vecinos, amables dispuestos, generosos con todos los que por aquí pasan. Uno de ellos, que quiero destacar como ejemplo, es Domingo, sí ya sabéis quién. No es que haya sido el único, sí que es un buen ejemplo y yo le echo de menos.

Domingo, digno representante de su pueblo, fue un hombre bueno al estilo machadiano, tan cargado de años y de experiencias que su espalda cedía a la vertical obligándole a mirar a la tierra, para que no olvidase tantos años de trabajos en el campo o con el ganado. Delgado, apoyado en su bastón, trasteaba entre su casa y las casas, entre sus parientes y amigos, de la iglesia al corro, del albergue al huerto; "Toma hospitalero, guarda estas patatas".

Domingo lucía una bonita dentadura que, cual mascarón de proa, anunciaba la blancura de sus pensamientos y la dulzura de sus palabras. Su saludo siempre consistía en una gran sonrisa y un gesto de su mano izquierda que libre del bastón, se alzaba en señal de paz, al más puro estilo Holiwudiense. Ese gesto y esa mano siempre me han recordado al saludo de las imágenes románicas. Manos de largos dedos que, extendidas, enseñan las buenas intenciones del portador:

"HOLA, SÉ BIENVENIDO"

Creo que todos le echamos de menos y con más motivo notan su ausencia esos geranios huérfanos que, desde que se nos ha ido, languidecen en las ventanas del albergue. No se nos hará raro que muchos peregrinos pregunten por aquel señor mayor que dejaba de regar los geranios, para darle la bienvenida, enseñando una sonrisa y la palma de la mano izquierda a la altura del corazón.

Gregorio de Zaragoza